

como hombre que escucha por pura cortesía, La tía Isabel, señora bondadosa y vulgar, hablaba difícilmente, escogiendo las palabras para no herir la dignidad de su futuro sobrino.

Después prosiguió:

—Ultimamente, yo, por mi parte, quiero hacer un obsequio á Renata. Como no tengo hijos, y mi fortuna ha de ser para mis sobrinas, no quiero cerrar ahora la mano porque una de ellas haya tenido una desgracia.

*Los regalos del matrimonio están acordados para ambas, y el de Renata, consiste en vastos terrenos, situados hacia Charonne, y que pueden evaluarse en doscientos mil francos... Solamente que...

A pesar de su estudiada indiferencia no pudo reprimir Saccard un ligero estremecimiento al oír la palabra *terrenos*.

La señora Aubertot no encontraba, sin duda, la palabra, y se había puesto encendida.

—Solamente que...—prosiguió al fin,—desearía que la propiedad de estos terrenos se pusiera á nombre del primer hijo de Renata. Ya comprenderá la intención que me guía. No quisiera que ese niño pudiera ser para usted una carga el día de mañana. En el caso que muriese, Renata quedaría propietaria de ellos.

Los terrenos de Charonne despertaron en el ce-

rebro de Saccard un mundo de ideas, y la señora Aubertot, creyendo haberle ofendido al hablar del hijo de Renata, permanecía cortada y sin acertar á proseguir.

—¡Ah! ¿En qué calle se encuentra esa finca de doscientos mil francos?—preguntó Saccard con acento bondadoso.—...Creo que me lo ha dicho usted...

—En la calle de la Pepiniere,—contestó la buena señora,—casi esquina á la de Astorg.

Esta sencilla frase produjo en él un efecto decisivo. Ya no fué dueño de ocultar su alegría, y aproximando su butaca á la de la tía Isabel, exclamó con acento zalamero y la volubilidad provenzal que le era propia:

—Basta, mi querida señora. No hablemos más de ese maldito dinero. Ahora quiero confesarme á usted con entera franqueza, pues sería muy grande mi dolor si no mereciese la estimación de usted. Hace poco tiempo perdí á mi mujer, tengo dos hijos y me tengo por práctico y razonable. Al casarme con su sobrina hago un buen negocio en concepto del mundo. Y en fin si alguna prevención resta á usted contra mí, espero que me perdonará más adelante, cuando haya enjugado las lágrimas de todos y enriquecido hasta á mis tataraniños. El éxito es una llama que lo purifica todo, y quiero que el mismo señor

Berand me tienda su mano y me dé las gracias.

Habló largo rato con un cinismo burlón y chancero, que á cada palabra se traslucía. Sacó á colación á su hermano el diputado, á su padre el recaudador de Plassans, y terminó por conquistar el ánimo de la buena señora. Convínose finalmente en que al día siguiente se formalizaría el contrato en casa del escribano.

Cuando se hubo retirado la señora Aubertot, encaminóse Saccard al Ayuntamiento, empieando el resto del día en hojear ciertos documentos, por él bien conocidos, que parecían interesarle mucho.

Una vez en casa del escribano, al formular las cláusulas del contrato, presentó con toda intención en ellas la dificultad de que, no constituyendo la dote de Renata, otra clase de bienes que los raíces, temía para ella muchas molestias é inconvenientes, creyendo más prudente vender por lo menos el inmueble de la calle de Pepiniere, para constituirla con su importe una renta sobre el gran libro de la Deuda pública. Sin atreverse á resolver por sí misma la señora Aubertot esta cuestión, quiso conocer la opinión del señor Berand, y al día siguiente la tía Isabel manifestó que el señor Berand aprobaba por anticipado lo que ella hiciera, quedando redactado e contrato bajo

las bases convenidas: Aristides llevaba al matrimonio doscientos mil francos, y Renata, como dote, la propiedad de la Sologne y el inmueble de la calle de Pepiniere, que se obligaba á vender, y además, en caso de muerte del primer hijo, quedaba ella propietaria única de los terrenos de Charonne que le donaba su tía.

Establecióse el contrato bajo el régimen de la separación de bienes, el cual conserva á cada uno de los esposos la entera administración de su fortuna respectiva.

La señora Aubertot, que atendía á la lectura del documento, parecía satisfecha de aquella cláusula, cuyas disposiciones aseguraban la independencia de su sobrina, poniendo sus bienes al abrigo de toda tentativa. Aristides sonreía viendo á la buena señora aprobar con una inclinación de cabeza cada una de las cláusulas que se leían, quedando fijada la ceremonia para un plazo muy breve.

Entonces, cuando todo estuvo arreglado, decidióse Aristides Saccard á ponerlo en conocimiento de su hermano Eugenio, produciendo en éste verdadera estupefacción la noticia.

Aristides se apresuró á decirle:

—¿No me dijiste que buscase? Pues ya he buscado, y he encontrado.

Egenio entreviendo la verdad, exclamó:

—Vamos, veo que eres un hombre hábil ¿Qué

res que sea testigo, verdad? Pues cuenta conmigo y si te hace falta, llevaré á la ceremonia medio Cuerpo Legislativo. Eso te dará importancia.

Luego al acompañarle hasta la puerta, añadió en voz más baja:

—Mira, no quiero comprometerme demasiado en estos momentos en que tenemos una ley muy dura que hacer votar... El embarazo, por lo menos, no será muy avanzado.

Aristides, al escuchar esta frase, arrojó á su hermano una mirada tan colérica, que pensó mientras cerraba la puerta:

—¡Una broma que me costaría cara, si no fuese Rougon!

Celebróse el matrimonio en la iglesia de San Luis de la Isla. Los prometidos no se vieron hasta la víspera del día señalado, una tarde, al anoche- cer, en una sala baja del hotel Berand. Al verse se examinaron curiosamente. Renata desde que se preparaba su matrimonio había recobrado su aire descompuesto, y su cabeza loca de mujer bonita educada en medio de sus caprichos de colegiala.

Parecióle Saccard pequeño y feo, pero de una fealdad atenuada é inteligente que no desagradaba. El, por su parte, presentóse con maneras escogidas, é hizo un gesto al verla, pareciéndole muy alta, más alta que él, sin duda; cambiaron,

sin cortarse, algunas palabras, y si el padre los hubiese escuchado, hubiera podido creer, en efecto, que se conocían desde largo tiempo y que una falta común, existía entre ambos. La señora Aubertot que estaba presente, enrojeció por ellos de vergüenza.

Al siguiente día del matrimonio en el que fué para la isla de San Luís un acontecimiento la presencia de Eugenio Rougón, donde había pronunciado hacía poco un notable discurso, Renata no pudo menos de derramar algunas lágrimas al encontrar á su padre más grave y más envejecido. Saccard, al que nada había desconcertado, quedó turbado ante la frialdad y la obscuridad de aquella habitación y ante la triste seriedad de aquel anciano, cuya mirada profunda, parecía sondear hasta el fondo de su conciencia.

Besó el anciano á su hija en la frente, como pacto mudo de perdón y volviéndose á su yerno le dijo:

—Caballero, hemos sufrido mucho... Espero que usted nos hará olvidar sus faltas.

Tendió la mano á Aristides, que permanecía tembloroso, pensando que si el señor Berand no se hubiera dejado agobiar por el dolor, habría con el menor esfuerzo, destruido acaso la manobra de Sidonia, quien, después de haber puesto en comunicación á su hermano y á la tía Isabel, ha-

bíase retirado prudentemente, no queriendo ni aun asistir á la ceremonia.

Aristides se manifestó silencioso con el anciano, en cuyos ojos leyó la sorpresa que le producía el verle alrededor de su hija pequeño, feo y ya de edad de cuarenta años. Pasaron las primeras noches los esposos en el hotel Berand, de donde hacía ya un mes que se había alejado á Cristina, á fin de que la niña que apenas contaba entonces catorce años, no sospechara nada del drama que se desarrollaba en aquella casa tranquila y silenciosa como el claustro de un convento. A su regreso, quedó suspensa ante el marido de su hermana, al que halló también viejo y feo, en cuyos defectos Renata tal vez no se había fijado siquiera tratándole con cierta cortesía no exenta de desdén.

Aristides se contoneaba, valía en sí; y por su verbosidad y solicitud supo captarse la amistad de todos, hasta el punto de que cuando el matrimonio fué á ocupar una elegante habitación en una casa nueva de la calle de Rivoli, el señor Berand habíase acostumbrado á su trato, y Cristina jugaba con su cuñado amigablemente. Renata estaba embarazada de cuatro meses, y su marido propuso llevarla al campo con objeto de ocultar luego la edad que la criatura, aun cuando, según la previsión de Sidonia, debía ser un aborto, pues

la joven se había apretado el cuerpo de tal modo para ocultar su estado, que se vió obligada á guardar cama por espacio de algunas semanas, lo cual alegró á Saccard quien reconoció que al fin le ayudaba la suerte, adquiriendo una dote crecida, una mujer hermosa y ninguna carga. Total, que se había vendido por un feto á quien no quería ver ni su misma madre. Pensó desde entonces con cariño en los terrenos de Charonne, y por el momento dedicaba toda su atención á una especulación que debía ser la base de su fortuna. No presentó Saccard inmediatamente la dimisión de su destino á pesar de su nueva posición, con el pretexto de tener algunos trabajos sin concluir, pero en realidad, quería permanecer hasta el último momento en el campo de batalla, desde donde, como en su propia casa, podía hacer cuantas combinaciones quisiese.

Su plan era sencillo: desde que contaba con más dinero del que jamás soñó para dar comienzo á sus operaciones, propúsose llevar á la práctica sus proyectos en grande escala. Se sabía á Paris de memoria y presentía que el oro había de correr en abundancia hasta el punto que las gentes no tendrían más que abrir los bolsillos, y como él leía todo esto en las oficinas del Ayuntamiento vivía prevenido.

Su cargo oficial le había enseñado lo que podía

robar en la compra y venta de inmuebles y terrenos, estando al corriente de todas las estafas clásicas, conociendo como se revende por un millón lo que ha costado solo quinientos mil francos, cómo se paga el derecho de violentar las arcas del Estado, y cómo, para abrir una nueva vía se escamotean casas de seis pisos. En aquellos momentos de desorden en que el cáncer de la especulación estaba incubándose todavía, lo que hacía de Saccard un jugador terrible, era que veía más allá aun que sus mismos jefes el porvenir que estaba reservado á París, y hubiera podido hasta profetizar el espectáculo que en 1870 ofrecerían los cuarteles que estaban en proyecto. Deteniase á veces en las calles contemplando ciertas casas, como si fueran amigos cuya suerte, conocida de él solo, le afectaba profundamente.

Un par de meses antes de la muerte de Angela, había ido con ella un domingo á las alturas de Montmartre. Conceptuábase dichosa la pobre mujer cuando después de un largo paseo la convidaba á comer su marido en algún merendero de los alrededores de París. Aquel día comieron en lo alto del cerro, en un restaurant cuyas ventanas dominaban París. La mesa ocupada por ellos estaba delante de una de estas ventanas y el espectáculo que ofrecía la gran ciudad puso de buen humor á Saccard. A los postres pidió una botella

de Borgoña, y estuvo tan galante que su misma mujer le desconocía. Sus miradas descendían amorosamente sobre aquella extensión populosa en cuyo fondo se sentía el rumor de las muchedumbres.

La ciudad, bajo un cielo pálido de otoño, desvaneciase en un tono gris, dulce y suave, esmaltado á trechos por la mancha más oscura de los árboles que parecían largas hojas de membrillo flotando sobre un lago; el sol se acostaba en un lecho de oro ardiente, y mientras que en el centro de la ciudad se cernía la bruma, un polvo en oro, un rocío dorado caía sobre la orilla derecha de París, del lado de la Magdalena y de las Tullerías. Parecía un rincón encantado de *las mil y una noches*, con árboles de esmeralda, techos de zafiros y velas de rubíes. Por un instante deslizóse un rayo de sol entre dos nubes, tan resplandeciente, que las casas parecían arder como un lingote de oro al fundirse.

—¡Oh! mira—exclamó Saccard con infantil sonrisa—¡lueven sobre París monedas de oro!

Después, acercándose á la ventana, prosiguió:

—Fíjate, allá abajo se vé la columna de Vendôme... más á la derecha la Magdalena... No es mal barrio, pero tiene mucho que mejorar todavía... ¡Ahora parece que va á arder todo! ¿Ves?

Su voz se tornó grave y conmovida, su compa-

ración le había satisfecho. Además, había bebido Borgoña, y olvidándose de todo, extendiendo el brazo para mostrar París á su esposa, continuó:

—He dicho bien... Los barrios van á fundirse y el oro quedará entre las manos de las gentes. ¡Qué inocente es París! ¡Mira que inmenso y que tranquilo se duerme! ¡Oh! son idiotas estas grandes urbes. El día menos pensado se verá atacado por un ejército de piquetas y antes de cuatro años habrán caído algunos hoteles de la calle de Anjou.

Angela escuchaba á su marido asomada junto á él á la ventana, creyendo que bromeaba. Reía, pero con un vago temor, viendo aquel hombre de tan escasa estatura levantarse sobre el gigante tendido á sus plantas, y amenazarle con los puños.

—Ya se ha empezado—continuó Saccard—pero eso no es más que una pequeñez. Mira allá abajo, hacia el Mercado, han dividido á París en cuatro pedazos...

Y su mano abierta y afilada como una cuchilla, hacía ademán de separar la ciudad en cuatro partes.

—Hablas del nuevo boulevard que se está abriendo y de la calle de Rivoli?—preguntó Angela.

—Sí—contestó.—La gran encrucijada de París, como la llaman. Separar el Ayuntamiento y el Louvre, es un juego de niños, bueno sólo para despertar el apetito. Cuando se termine la primera red de calles, comenzará la fiesta. La segunda red se abrirá paso por todas partes, para enlazar los arrabales con la primera. Sigue la dirección de mi mano, desde el bulevard del Temple á la barrera dei Trono, todo ello un corte; luego, en este mismo lado, desde la Magdalena á la llanura de Monceaux, otro corte, y un tercero en este sentido, y luego otro acá y acullá, cortes por todos lados; París entero partido á sablazos, con las venas abiertas, alimentando cien mil trabajadores y atravesado en fin por admirables vías....

La noche se acercaba. La mano seca y nerviosa de Aristides cortaba siempre en el vacío, y Angela temblaba ante aquel cuchillo animado y aquellos dedos de hierro que despedazaban sin compasión la masa sin límites. Las brumas del horizonte rodaban lentamente desde las alturas, y Angela, bajo las tinieblas que se hacinaban en el vacío, creía escuchar lejanos crujidos, como si la mano de su esposo destruyendo á París de uno á otro extremo, rompiendo techumbres y paredes dejara en torno montones de ruinas. La pequeñez de aquella mano, encarnizándose en aquella masa gigantesca, acababa por causar inquietud, y mien-

tras desgarraba sin esfuerzo las entrañas de la enorme ciudad, habríase dicho que adquiriría extraños reflejos metálicos en el azulado crepúsculo.

—Además—prosiguió Saccard, después de un momento de silencio como si hablara solo—habrá una tercera red. Pero esto está lejano y no lo veo tan bien. Sólo he encontrado leves indicios y será una verdadera locura... ¡un galop infernal de millones! París embriagado y envilecido.

Volvió á callar, con los ojos fijos clavados febrilmente en la ciudad, sobre la que acumulaban las sombras cada vez más tupidas, pareciendo que interrogaba aquel porvenir lejano.

Hízose de noche por completo y la ciudad desapareció entre las tinieblas, oyéndose su respiración monstruosa, semejante á un mar en el que solo se distinguen las crestas de las olas. Blanqueaban aún algunas paredes, y las luces del gas fueron esmaltando las tinieblas como estrellas encendidas en el fondo de la noche.

Angela, desechando su malestar, y continuando la broma de su marido, dijo sonriéndose:

—Puesto que ya han llovido las monedas, contempla ahora las pilas que se levantan á nuestros pies.

Y señalaba las calles que descendían frente á Montmartre, y cuyas dos hileras de faroles encendidos parecían brillantes monedas de oro.

—Mira allá abajo—prosiguió Angela—allí debe ser la caja general.

Saccard rió la ocurrencia, y permaneció aún algunos instantes con su mujer á la ventana, abstraídos por aquella lluvia imaginaria de monedas.

Cuando regresaban á casa, arrepintiéndose Aristides de haber charlado tanto y rogó á su mujer que olvidase aquellas tonterías, obra tal vez del Borgoña, pues, como él decía, era un hombre serio.

Sin embargo, hacía ya mucho tiempo que Saccard tenía bien estudiadas aquellas tres redes de bulevares y calles, y cuando Angela murió, no le pesó que se llevase al otro mundo aquellas habladurías achacadas al Borgoña.

En aquellos imaginarios cortes dados desde Montmartre estaba toda su fortuna, y decidió no participar á nadie su idea, comprendiendo que el día del botín, sobrarían cuervos que caerían sobre la ciudad. Su primer pensamiento fué adquirir á plazos algún inmueble, de lo que sabía destinados á próxima expropiación, dispuesto á obtener como beneficio una crecida indemnización. Tal vez antes de casarse no se hubiera arriesgado en esta aventura, sin contar con fondos, pero ahora su plan se engrandecía y sus cálculos estaban hechos. Compraba á su mujer, con el nombre de un

intermediario, sin parecer su nombre para nada, la casa de la calle de Pepiniere, triplicando el capital, gracias á sus conocimientos adquiridos entre los papelotes del Ayuntamiento y á sus buenas relaciones con ciertos personajes. El sitio donde se levantaba la casa, era precisamente el punto del trazado de una calle cuya apertura sólo se conocía en el despacho particular del prefecto del Sena.

Dicha calle la ocupaba por completo el bulevar Malesherbes, siendo éste un antiguo proyecto de Napoleón I, «para, como decían los hombres graves, dar salida á los barrios de estrechas callejuelas, sobre las escarpadas laderas que rodean á París». Esta versión oficial, no demostraba el interés que tenía entonces el Imperio en aquel enorme trasiego de tierras, y Aristides se permitió un día consultar en el despacho del Prefecto aquel plano famoso de París, donde «una mano augusta» había trazado con tinta roja las principales vías del proyecto. Estos sangrientos rasgos cortaban á París más profundamente que la mano de Saccard. Uno de los trabajos que primero se realizarían, iba á ser el del bulevar Malesherbes, con grandes proyectos de hoteles en las calles de Anjou y de la Ville-l'Eveque.

Renata, lujosamente instalada en la casa de la calle de Rívoli, en el centro de aquel nuevo París,

donde iba á ser la reina, proyectaba futuros viajes, y ensayaba su papel de dama del gran mundo, mientras su marido planteaba su primer negocio.

La casa de la calle de la Pepiniere fué comprada por mediación de un tal Sansonneau, á quien había conocido curioseando, como él, en los despachos del Ayuntamiento, pero que había tenido la desgracia de dejarse sorprender revolviendo los cajones del proyecto. Habíase establecido Sansonneau como agente de negocios al final de la calle de Santiago, en el fondo de un patio feo y obscuro. Hallábase en la misma situación que Saccard antes del matrimonio, y había ideado también «una máquina para hacer monedas», solamente que le faltaba capital para empezar el negocio. No tardó en ponerse de acuerdo con Aristides, trabajando tan bien el asunto que adquirió la finca de Renata por ciento cincuenta mil francos.

Dos meses después, ya necesitaba otra vez dinero la mujer de Saccard, éste no tuvo más que autorizarla para que vendiera, y una vez hecha la venta rogó á su marido que empleara cien mil francos, de los cuales le hizo entrega con entera confianza, sin duda para halagarle y hacerle pasar por alto los cincuenta mil francos que se quedaba.

Saccard, en cuyos cálculos entraba que su mujer malgastase mucho dinero, sonrió maliciosamente, pues aquellos cincuenta mil francos que iban á convertirse en joyas y telas, le debían proporcionar á él el ciento por ciento, y quedó tan complacido de su primer negocio, que llevó su honradez hasta emplear, en efecto, los cien mil francos de Renata, y entregarle después los títulos, que, no pudiendo ella enagenarlos, siempre los tenía seguros y todo quedada en casa.

—Toma, querida mía,—le dijo galantemente;—eso será para tus alfileres.

Una vez en posesión de la finca, tuvo el tino de venderla dos veces á distintos testaferros, aumentando cada vez el precio de la venta, adquiriéndola el último en trescientos mil francos. Sansoneau era el único que, como representante de los sucesivos propietarios y rehusando renovar los contratos de alquiler, se entendía con los inquilinos, á menos que no aceptaran considerables aumentos. Los inquilinos que esperaban la expropiación, concluían por aceptar el aumento, tanto más, cuanto que el mediador les aseguraba que aquello sería provisional durante los cinco primeros años.

Los vecinos que rehusaban, fueron reemplazados por gentes infelices á los que dieron vivienda gratis, y les hicieron firmar cuanto quisieron, con

lo cual conseguían un doble beneficio: el aumento del alquiler y el que la indemnización pasara á poder de Aristides. Sidonia vino en ayuda de su hermano, estableciendo en la finca un almacén de pianos en toda regla, y dominados por la fiebre, Saccard y Sansoneau llegaron hasta inventar libros de comercio y falsificar escrituras, para demostrar en un día una venta de pianos fabulosa. Por la noche trabajaban juntos. Así la casa triplicó su valor, y entre el último contrato de venta, los aumentos de falsos inquilinatos y el almacén de pianos de Sidonia, podía evaluarse lo menos en quinientos mil francos ante la Comisión de indemnizaciones.

Aquellas combinaciones de la expropiación trastornaron durante quince años á París, arruinando á unos y enriqueciendo á otros, siendo el engranaje de lo más sencillo: después de decretada la apertura de una nueva vía, los agentes vendedores levantaban el plano parcelario y tasaban las propiedades. Por lo común, después del informe se capitalizaba el alquiler total, presentando una cifra aproximada. Componían la Comisión miembros del Consejo municipal que ofrecía siempre un tipo inferior á aquella cifra, contando con las mutuas concesiones. Si no había avenencia, se llevaba el asunto al Jurado, que decía sin apelación.

Aristides no dejó el empleo hasta el momento decisivo. Pensó un momento en hacerse elegir miembro del Jurado para tasar él mismo su casa, pero temió atenuar su influencia sobre la Comisión de indemnizaciones é hizo elegir á uno de sus compañeros, joven amable y risueño, llamado Michelin y cuya mujer, muy bella por cierto, se tomaba la molestia de disculparle cerca de sus jefes cuando faltaba á la oficina, cosa que á menudo ocurría.

Saccard había presentido en la linda mujer de Michelin una potencia, al verla entrar humildemente en los despachos, al par que su marido ascendía en cada una de sus enfermedades.

En uno de estos eclipses, y en tanto que la señora Michelin iba casi todas las mañanas á dar noticias suyas al Ayuntamiento, encontróle Aristides en los bulevares, fumando tranquilamente un cigarro, con rostro complacido é inalterable.

Esto despertó cierta simpatía en Saccard hacia aquel matrimonio tan práctico é ingenioso, y cuando fué á ver la encantadora mujer, quiso que conociera á Renata, y habló de su hermano el ilustre orador y diputado. La señora Michelin comprendió, y desde entonces, su marido intimó con el compañero, el cual sin querer enterar de sus negocios al joven, limitóse á encontrarle allí como casualmente el día que se tasaba su inmue-

ble. Michelin, cuya inteligencia no era notable, se redujo á seguir las instrucciones de su mujer que le había recomendado complacer en todo á Aristides. Los arriendos, los falsos inquilinatos y los libros de la señora Sidonia, pasaron por las manos de su compañero, sin que tuviese lugar para comprobar las cifras que aquel rezaba ante Sansonneau, presente allí, quien fingía no conocer á su compinche.

—Bien, ponga usted quinientos mil francos,— terminó Saccard.—Vale más la finca... ¡Ah! despachemos, pues creo que va haber movimiento de personal en el Ayuntamiento y quiero que hablemos del asunto, para que usted prevenga á su mujer.

De esta manera comenzó el negocio, pero aun había algo que temer. La suma de quinientos mil francos podía parecer excesiva á la Comisión, pues la casa no valía á todas luces más de doscientos mil, y una información podría estropearle sus planes. Recordóles la frase de su hermano: «Nada de escándalos ó te suprimo», y sabía que Eugenio era capaz de hacer lo que decía. Era pues necesario, que los señores de la Comisión cerrasen los ojos. Se fijó en dos hombres influyentes, de quienes se había hecho amigo por la manera que tenía de saludarles cuando los encontraba en los despachos. El Consejo municipal estaba esco-

gido por el mismo Emperador, y á propuesta del prefecto entre los senadores, diputados, abogados, médicos y grandes industriales, pero, entre los treinta y seis que lo componían, los más distinguidos por el favor de las Tullerías eran el señor Tontin-Laroche y el barón Gourand.

Los blasones del obeso barón se compendian en esta breve biografía: Napoleón I le otorgó el título en premio al suministro de galletas averiadas para el ejército. Bajo los reinados de Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe fué par, y senador bajo el de Napoleón III. Era un adorador del trono, de los cuatro tablones forrados de terciopelo fuese quien fuese el que lo ocupara. Contábanse de él historias que solo al oído podían ser referidas, y con sus setenta y ocho años florecía en plena bacanal. Dos veces había sido necesario echar tierra sobre aventuras escandalosas para que su bordado uniforme no rodase por salas de las audiencias.

El señor Tontin-Laroche, alto y delgado, inventor de una mezcla de estearina y sebo para la fabricación de bugías, soñaba con el Senado. Era el inseparable del barón Gourand, pegado á él como una lapa, con la esperanza de alcanzar lo que deseaba, y como en el fondo era práctico, si hubiese hallado en venta un sillón senatorial, lo hubiese comprado, pero después de regatear el precio.

Había vendido primeramente su nombre á una de esas sociedades que hicieron crecer setas venenosas sobre los estercoleros de las especulaciones imperiales.

Por entonces se vieron grandes carteles en las esquinas que decían: *Sociedad general de los puertos de Marruecos*, con el nombre del señor Tontin-Laroche, consejero municipal, á la cabeza de una lista de nombres desconocidos que formaban el Consejo de vigilancia. Este procedimiento, del que después se abusó tanto, hizo prodigios, acudieron los accionistas, por más que el negocio de tales puertos no fuese muy claro, y que los cándidos que llevaban su dinero no pudiesen por sí mismos explicarse el empleo que se le daría. Anunciaba el cartel enfáticamente el proyecto de establecer estaciones comerciales á lo largo del Mediterráneo, y los periódicos venían hacia dos años haciendo el reclamo á la empresa.

El señor Tontin-Laroche pasaba en el Consejo municipal por ser un gran administrador, y su acre tiranía sobre sus colegas sólo era comparable con la devota adhesión hacia el prefecto.

Por entonces trabajaba en la creación de una gran compañía financiera, *El Crédito Vitícola*, caja de préstamos para los viticultores, de que hablaba con tonos graves que encendían el apetito de los imbéciles.